CAPÍTULO SEXTO.

ENSEÑANZA SIN DIOS Y ESCUELAS ATEAS.

El liberalismo, en la guerra que hace á Dios, trata de apoderarse de las escuelas y de los establecimientos de educación, y, consecuente con su principio fundamental, excluye la religión de la educación y de las materias de enseñanza pública. Su propósito es arrebatar á Dios las almas de los niños, y formar una generación nueva que prescinda de Dios y viva sin religión.

Varios gobiernos de Europa y América, entrando de lleno en este liberalismo práctico, han dispuesto que no se enseñe religión alguna en las escuelas públicas. Estas son las escuelas ateas, laicales ó secularizadas. Y, á fin de obligar indirectamente á los padres de familia á que envíen sus hijos á estas escuelas irreligiosas, impiden con todos los medios posibles el establecimiento de escuelas cristianas.

No contentos con invertir exclusivamente en estas escuelas impías los fondos públicos y los dineros del pueblo, expulsan las órdenes religiosas de la enseñanza, y ellos, que se jactan de ser defensores de todas las libertades, no pueden convenir en que se enseñe libremente la religión divina á los niños. Para dar una expresión palpable á esta guerra contra Dios en las escuelas, los liberales, dueños del poder, han ordenado alejar de los locales de enseñanza la imagen de Nuestro Adorable Salvador, y todo recuerdo religioso. Hace pocos años, el alcalde de una población de la diócesis de Grenoble en Francia, se trasladó á la escuela del lugar, acompañado de otros empleados públicos, y, tomando el Santo Cristo que allí estaba, fué á tirarlo á un lugar de inmundicias.

El hecho siguiente ocurrió en otra escuela dirigida por los Hermanos Cristianos. En cierta localidad de Francia se presentó una comisión que se decía encargada de remover el crucifijo de la sala de enseñanza. Tanto el maestro

como los alumnos se conmovieron hasta las lágrimas al ver que les quitaban la imagen del Divino Maestro; pero la comisión procedió entre los sollozos de los niños á ejecutar su triste encargo. Pasado el hecho, los niños resolvieron colocar cada uno algún pequeño Cristo entre los libros de su mesa. Al día siguiente se presentó de nuevo la comisión perseguidora de las santas imágenes y notó que los niños habían suplido la falta del Santo Cristo; entonces se adelantó uno de la comisión, y tomando en sus manos un Cristo, preguntó á su dueño: "¿Qué es esto?"

"No lo toque Ud., señor, le fué contestado, esto me pertenece á mí!"

Nuestro Dios, de quien nos quiere despojar el liberalismo, nos pertenece; es propiedad y sumo bien nuestro. Que el pueblo sepa defender esta su preciosa propiedad, resistiendo á las ofertas falaces de la secta.

Para esto es necesario que el pueblo esté sólidamente instruído sobre las verdaderas tendencias del liberalismo, y sepa que sin catecismo y enseñanza religiosa no puede haber ni ciencia, ni virtud, ni civilización. Esto se probará en las cuestiones que siguen.

I. NECESIDAD DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA PARA LA PERFECCIÓN DE LA CIENCIA.

1. *¿Para qué se da enseñanza y educación á la juventud?*

La enseñanza y educación que se da en las escuelas, deben proponerse dos fines, á saber: 1º ilustrar y perfeccionar el entendimiento, y 2º formar el corazón de los niños en la práctica de las virtudes civiles y cristianas.

2. *¿Qué dice el liberalismo sobre esta materia?*

El liberalismo sostiene que se debe excluir la religión de la enseñanza y de la educación pública, porque quiere separar al hombre de Dios desde la infancia.

3. *¿Es posible que haya verdadera y perfecta ciencia sin el conocimiento de Dios?*

Pretender esto es el más grande absurdo; sin conocer á Dios, la ciencia queda trunca y se priva de la verdadera luz para caminar segura; se extravía y acaba en los más grandes y ridículos errores.

4. *¿Por qué será la ciencia imperfecta si se separa de Dios?*

El propósito más noble de la ciencia, y lo que en ella proporciona al entendimiento más elevada satisfacción, es el conocimiento de la sabiduría de Dios, la cual se manifiesta y brilla en las armoniosas leyes y orden de la naturaleza. Pero la ciencia atea que excluye á Dios de las leyes del universo, no descubre en éstas otra cosa que una confusión y multitud de hechos, sin dar razón de su verdadero principio y fin.

Así por ejemplo: La ciencia irreligiosa no sabe decirnos nada plausible sobre el origen del universo; sólo la religión nos enseña que Dios crió el universo de la nada.

En cuanto al origen del hombre, nada sabe la ciencia atea; unos dicen que viene de los monos, otros que es tan eterno como Dios, que es el mismo Dios ó parte de Él; la religión nos instruye mejor, haciéndonos saber que Dios crió al hombre según su propia imagen y semejanza.

Del mismo modo calla la ciencia irreligiosa, cuando se trata del fin del hombre; muchos ateos dicen que con la muerte se acaba todo para el hombre, porque no se diferencia de la bestia. La religión nos enseña que los justos esperan después de su vida mortal una vida más perfecta y dichosa.

Tal es la diferencia entre la ciencia cristiana y la ciencia liberal ó atea.

5. *Pero ¿qué parte tiene la religión en las ciencias naturales, en la aritmética y en la geografía?*

Estas ciencias, tomadas aisladamente y por sí solas no hacen al hombre mejor, ni más feliz, por cuanto pueden servir para el bien como también para el mal; pero la religión nos enseña el uso que debemos hacer de ellas, para el bien nuestro y el de nuestros semejantes.

Mas, este es el objeto principal de las escuelas: formar hombres instruídos y virtuosos. Sin religión empero no hay esta educación perfecta.

II. NECESIDAD DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA PARA LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD.

1. *¿En qué consiste la educación de la juventud?*

La educación consiste en formar el corazón de los educandos para la práctica de la virtud, y para dominar las pasiones inherentes á la naturaleza humana.

2. *¿Se puede enseñar á la juventud la práctica de la virtud, y el dominio sobre las pasiones sin el auxilio de la religión?*

"Querer excluir á la Iglesia de la educación, dice el Sumo Pontífice León XIII, es un grande y pernicioso error. La sociedad no puede tener costumbres buenas, si se quita la religión. La verdadera maestra de la virtud, y conservadora de buenas costumbres es la Iglesia." (Enc. *Libertas.*)

Un poco de reflexión nos hará ver esta verdad con toda evidencia: sólo la religión tiene principios fijos y estables de moralidad, ella conserva inviolable la ley natural y los preceptos de la divina revelación. ¿Pero qué hará el liberalismo con su "Moral independiente"? Nada en ella es fijo, ni claro, y el alumno, apoyándose en esta misma moral independiente, podrá rehusar con mucha razón todos los

preceptos morales que un maestro liberal le propusiere. El liberalismo no podrá decirnos siquiera qué es bueno ni qué es malo.

Pero, y esto no es de olvidarse, la Iglesia no se limita á enseñar el camino de la virtud; ella sostiene nuestros débiles pasos, nos anima y conforta con los auxilios de la vida sobrenatural. La oración y los sacramentos de la confesión y de la divina eucaristía, son los principales auxilios que suministra á nuestra humana flaqueza. ¡Cuánto puede en el alma de los niños la confesión sacramental, cuánto la santa comunión que les comunica vida divina, pura, inmaculada!

Los padres y maestros que privan á sus hijos y educandos de estos auxilios religiosos, se privan en su delicada y difícil tarea de la asistencia de Aquél que dijo: "¡Dejad que los niños vengan á mí!" (S. Mat. 19, 14.)

Justamente, pues, reclama la Iglesia para sí el derecho de enseñar y educar á la juventud en estas palabras de su Pastor supremo:

"Consta, pues, claramente que el mejor y más seguro maestro del hombre es Dios, fuente y principio de toda verdad, y también el Unigénito, que está en el seno del Padre, y es camino, verdad, vida, luz verdadera que ilumina á todo hombre, y á cuya enseñanza han de prestarse todos dócilmente, *et erunt homines docibiles Dei.* Pero, en punto de fe y de costumbres, hizo Dios á la Iglesia partícipe del magisterio divino, y con beneficio también divino, libre de error; por lo cual es la más alta y segura maestra de los mortales, y en ella reside el derecho inviolable á la libertad de enseñar. Y, de hecho, sustentándose la Iglesia con la doctrina recibida del cielo, nada ha antepuesto al cumplimiento exacto del encargo que Dios le ha confiado; y más fuerte que las dificultades que por todas partes la rodean, no ha aflojado un punto en defender la libertad de su magisterio." (Enc. *Libertas.*)

3. *¿Qué pretextos alega el liberalismo para excluir la religión de la ciencia?*

El liberalismo pretende falsamente que la religión está en oposición con la ciencia y los progresos de la civilización.

4. *¿Puede suceder alguna vez, que la verdadera ciencia pugne con la revelación divina?*

Esto es imposible: pues cuando algún sabio se forma un parecer ú opinión que pugne con la revelación divina, debe saber de antemano que se ha equivocado, porque Dios es el que sabe más, y no puede errar.

"Como la razón claramente enseña que entre las verdades reveladas y las naturales no puede darse oposición verdadera, de modo que cuanto á aquellas se oponga ha de ser por fuerza falso, por lo mismo dista tanto el magisterio de la Iglesia de poner obstáculos al deseo de saber y al adelanto en las ciencias, ó retardar de algún modo el progreso y cultura de las letras, que antes les ofrece abundantes luces y segura tutela. Por la misma causa es de no escaso provecho á la misma perfección de la libertad humana; puesto que es sentencia de Jesucristo, Salvador nuestro, que el hombre se hace libre por la verdad." (Enc. *Libertas.*)

5. *¿Qué se entiende por civilización?*

Civilización es el estado de cultura y adelanto de un pueblo instruído, de buenas costumbres, y amante del bien público.

6. *¿Tendrá razón el liberalismo cuando acusa á la Iglesia de ser un obstáculo á la civilización?*

Esta acusación es del todo contraria á la razón y á los hechos; pues sólo los pueblos cristianos han alcanzado verdadera civilización, y estos mismos pueblos la

pierden cada vez que se alejan de los principios cristianos para seguir los del liberalismo.

7. *¿Cuál es pues el verdadero enemigo de la civilización?*

El verdadero enemigo de la civilización es el liberalismo; así lo prueba evidentemente la historia de las revoluciones modernas, provocadas y causadas por esta secta. Mas en particular resalta esto de la historia de la grande revolución de Francia, que fué provocada y dirigida por las doctrinas liberales. Y, como el árbol se conoce por los frutos, conviene estudiar la naturaleza del liberalismo por las obras que llevó á cabo entonces.

BREVE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE FRANCIA EN 1789.

La historia es un libro abierto ante nuestros ojos, en el cual, con las letras indelebles de los hechos, se halla escrita la suerte de los pueblos y el gobierno de la providencia de Dios, que levanta ó humilla las naciones, en la medida que observan su ley suprema ó se alejan de ella.

Mas, entre todos los cuadros que presenta la historia del género humano en los siglos de su existencia, ninguno es de más terrible elocuencia que la revolución francesa del siglo pasado; ninguna enseñanza histórica es más instructiva, cuando se trata de conocer los resultados prácticos de lo que llamamos "doctrina ó sistema liberal".

Vemos cómo en aquella revolución, un pueblo, seducido por las promesas de libertad, sienta por base de su futura vida social los llamados "derechos del hombre", proclama su propia soberanía, se separa de Dios, degüella á su rey, prohibe toda religión y culto. En seguida se empeña frenético en destrozarse á sí mismo; inventan guillotinas, fusilamientos y ahogamientos en masa, todo esto para exterminar más pronto. En un pueblo, hasta entonces tipo de nobleza y

generosidad, se repiten escenas que no se explican ya por la depravación humana, sino por una influencia satánica. Se les ve devorar carne humana y beber la sangre caliente de sus víctimas, se les ve insensibles á todo sentimiento de conmiseración, mientras quede alguna víctima por degollar. Al fin, los directores y jefes de la revolución, habiendo acabado con sus opositores, se exterminan unos á otros: ¡todos mueren, las víctimas y los verdugos!

¡Á esto llegó aquel pueblo, por haberse separado de Dios! Mas, esto es precisamente lo que desea el liberalismo; para esto habla, escribe y trabaja; quiere separar la sociedad humana de Aquél que sólo puede conservarla en la órbita de la justicia y de la paz.

Para patentizar esta pretensión del liberalismo y sacarle la máscara, para probar á dónde va con sus gobiernos ateos, con su enseñanza irreligiosa y libertad de imprenta, sería en gran manera útil que la historia de aquella revolución francesa fuese propuesta en escritos populares á la lectura y meditación del pueblo.

El liberalismo, en manos y al servicio de la masonería, hizo aquella revolución; el liberalismo tuvo completa libertad para aplicar sus principios, y ¿cuál fué el resultado? ¿qué produjo la secta? Asesinatos, salvajismo, exterminio de tres ó cuatro millones de ciudadanos, hasta que llegó el soldado que restableció la autoridad con el imperio de la religión católica.

PERSECUCIÓN CONTRA EL CLERO.

La revolución francesa, apoyándose en el principio liberal de la soberanía popular, el cual deduce todos los derechos de la voluntad del pueblo, quiso formar una Iglesia nacional francesa, separando la nación de la Iglesia romana. Ordenó á todos los eclesiásticos, bajo las más severas penas, prestar el juramento á esta Iglesia nacional, fundada, no ya por Jesucristo, sino por el pueblo soberano. Todos los obispos y sacerdotes que se negaban á prestar el jura-

mento, eran perseguidos, encarcelados, asesinados ó expulsados de su patria.

En París, cerca de doscientos eclesiásticos, entre obispos y sacerdotes, fueron encerrados en la iglesia del Carmen, en donde esperaron durante algunas semanas la corona del martirio. Este tiempo lo pasaron ocupados en ejercicios religiosos, y animándose mutuamente á morir por su fe. Entre todos era digno de admiración el venerando y anciano Arzobispo de Arlés.

El día 2 de Septiembre de 1792 fué designado para la ejecución. Después de la comida, parte de los eclesiásticos había ido al jardín del antiguo convento, parte había quedado en la iglesia para orar, cuando unos veinte verdugos penetraron en el recinto. Dirigiéndose al jardín, encontraron al venerable Arzobispo de Arlés. Uno de los asesinos le parte el semblante con su sable; el Arzobispo cae por tierra, luego otro asesino le atraviesa el pecho con tal ímpetu que no pudo retirar el acero. Entre tanto acometen á los demás sacerdotes que estaban en el jardín; unos son muertos á balazos, otros con picas y espadas.

Otros verdugos se habían arrojado sobre los que se habían refugiado en una capilla cercana. Apuntándoles á través de la reja, los derribaban á balazos, cuando de repente llegó la orden de juntar en la iglesia á todas las víctimas que habían sobrevivido. Hubo entonces un momento de descanso, durante el cual los verdugos afilaron sus espadas en la mesa del comulgatorio, á la vista de los que iban á ser sacrificados. Se formó en seguida un tribunal de ejecución: un comisario llamaba las víctimas por su nombre, y las hacía salir de dos en dos. Estos eran recibidos en la puerta y despachados al grito de "viva la nación". Hachas, picas, sables y fusiles servían de instrumentos para esta horrible ejecución, y mientras los verdugos porfiaban por herir y matar, las víctimas daban gracias á Dios. Unos miraban con ojos de compasión á sus asesinos, otros repetían las palabras de Jesucristo: "Señor, perdónales, porque no saben lo que hacen."

Uno de los obispos, herido ya de un balazo en la pierna, cuando fué llamado, contestó: "No rehuso morir como los demás, pero veis que no puedo caminar." Lo alzan y conducen á la puerta, en donde fué inmolado.

El viajero que visite París, puede ver en la iglesia del Carmen el pavimento y las paredes teñidas de la sangre de aquellas víctimas.

Idénticas matanzas de sacerdotes se repitieron aquel mismo día en otras iglesias de París, y las provincias imitaron el ejemplo de la capital.

Los institutos religiosos tuvieron la misma suerte; la revolución los suprimió, expulsando de sus asilos de caridad y piedad á las pobres religiosas, para enviarlas á la guillotina.

Un día resonó en las calles de París, hasta entonces teatro de las vociferaciones y clamores de la revolución, el piadoso canto del *Magnificat*, cantado por una comunidad de cuarenta religiosas que eran conducidas al cadalso. Las voces disminuían al paso que trabajaba la guillotina, finalmente se apagó la última, cuando subió después de todas la superiora y madre de aquellas víctimas puras é inocentes.

Dos Hermanas de la Caridad, puestas al borde de la fosa que debía recibir sus cadáveres, y teniéndose tiernamente abrazadas, cayeron fusiladas. ¡Todo su crimen había sido haber socorrido á los que sufren!

El pueblo soberano había comenzado separando la Iglesia de Francia del centro común de la religión católica, pero no se detuvo en esta pendiente; pronto llegó á la completa destrucción de la religión.

Se decretó la abolición de todo el culto cristiano. Por ley pública se ordenó suprimir el descanso del domingo, se borraron las fiestas cristianas, y aun quedó abolido el calendario cristiano, para establecer fiestas cívicas. Dios mismo fué destronado para que se colocara el hombre en su lugar. Y, á fin de dar una expresión sensible y patente á esta sacrílega sustitución, colocaron en la catedral de París sobre el altar mayor una mujer prostituta, á la cual ofrecieron incienso y canciones patrióticas.

Al mismo tiempo que la revolución comenzó la destrucción del altar, se dispuso á derribar el trono y á disolver los vínculos del orden social, para iniciar el reinado del "Terror".

El primer ataque violento contra la persona del rey de Francia tuvo lugar en Versalles donde estaban el rey y la asamblea nacional. El 6 de Octubre de 1789, un tumulto de gente, compuesto del más vil populacho, penetró en la residencia del rey, asesinó á varias guardias y buscó á la reina María Antonieta para inmolarla. La guardia nacional llegó á tiempo para salvar á la familia real, pero obligó al infeliz monarca á tomar el camino de París. Iba el rey con su esposa, expuestos á todos los ultrajes del populacho, entre mujeres y hombres ebrios, que llevaban en la punta de las picas, las cabezas de los guardias asesinados. El rey fijó su residencia en el palacio de las Tullerías, y la Asamblea nacional celebró desde entonces sus sesiones en París, dominada por el club de Jacobinos, que se componía de los revolucionarios más exaltados cuyo digno jefe era Robespierre.

Pero el rey de Francia, viendo que su vida y la de los suyos estaban de día en día más amenazadas, tomó la determinación de salvarse por la fuga. Saliendo ocultamente de París, había llegado ya á pocas leguas de la frontera, cuando fué reconocido y detenido. Vanas fueron las súplicas del infeliz monarca, vanas las lágrimas de su esposa é hijos; fueron reconducidos á París, y custodiados desde entonces como prisioneros de la nación en el palacio de las Tullerías.

Finalmente, el día 20 de Junio de 1792, tuvo lugar una de las escenas más horribles de la revolución, con el asalto á la residencia del rey. El populacho penetró en el palacio de las Tullerías, mientras el bondadoso pero demasiado débil Luis XVI había dado orden á su guardia de suizos de no tirar contra el pueblo. Los soldados fueron inhumanamente degollados; á varios aserraron la garganta; á diez y seis de ellos asaron en el fuego de las chimeneas, y hubo caníbales que se comieron el corazón de las víctimas, asado

y puesto en vino. Salvóse el rey, huyendo para refugiarse en el seno de la representación nacional, pero fué mandado encerrar con toda su familia en la prisión llamada el "Temple". Uno de los diputados había hecho la moción de guillotinar al rey sin dilación, de despedazar su cuerpo y de enviar un pedazo á cada departamento de la República.

Desde entonces no podía ser dudosa la suerte del monarca cautivo. El día 17 de Enero de 1793, la revolución lo condenó á muerte. Sería imposible describir la escena que tuvo lugar en la última entrevista del rey con la reina y sus hijos: largo tiempo se tuvieron abrazados sin proferir una sola palabra; al fin, un torrente de lágrimas, aliviando los pechos oprimidos, les devolvió la palabra.

El día siguiente, 21 de Enero de 1793, había sido designado para la ejecución. El rey, lleno de sentimientos religiosos, tuvo la dicha de poder prepararse á la muerte, confesándose, y recibiendo el santo Viático de manos de un sacerdote, que había quedado oculto hasta entonces. Luis XVI subió al cadalso con la tranquilidad del justo, y comenzó á hablar al pueblo en estos términos: "¡Franceses! muero inocente de los crímenes que se me atribuyen; perdono á los autores de mi muerte, y pido á Dios que la sangre que vais á derramar, no recaiga jamás sobre la Francia. Y tú, ¡oh pueblo desgraciado . . .!" en este momento fué interrumpido por el ruido de los tambores. Poco después rodó la cabeza del monarca; el pueblo se retiró silencioso y horrorizado.

Algunos meses después, el 16 de Octubre de 1793, María Antonieta, reina de Francia é hija del Emperador de Alemania, fué llevada en un carro como una criminal vulgar, con los brazos atados á la espalda, para ser guillotinada. La misma suerte tuvo la virtuosa y santa princesa Isabel, hermana del rey; ésta, con la conformidad de los santos, estuvo al pie del cadalso esperando que otras veinticinco víctimas fuesen degolladas primero. La acusación que le habían hecho, fué haber curado con sus manos á los soldados heridos.

REINADO DEL "TERROR".

La época revolucionaria que estamos narrando, ha recibido justamente el nombre de "Reinado del Terror". Depuesto Dios de su trono por el hombre, reina éste, y, sin freno ni otra ley que su pasión, hace reinar el terror. No olvidemos este fallo de la historia, para confusión de aquellos liberales que se complacen en llamar terroristas á los que sostienen la autoridad pública, en el sentido de la doctrina católica. El liberalismo es el que ha merecido la denominación de terrorismo en la época de su triunfo, en el cual pudo desplegar libremente sus principios.

Robespierre y sus Jacobinos, para generalizar las matanzas en toda la Francia, idearon los comités revolucionarios, que debían organizarse en las diversas provincias, y unir su acción destructora con la del comité revolucionario de la capital.

Á Lyon, segunda ciudad de Francia, mandaron un tal Colot. La mayor parte de la ciudad fué arrasada, y tan grande fué el número de los guillotinados, que se cansó el brazo del verdugo, y se embotó el hacha. Entonces ordenó el delegado de la revolución que grupos de trescientos hombres fuesen colocados á la boca de los cañones, para ser despedazados con metralla. El Ródano se tiñó en sangre, y la región se apestó con las exhalaciones cadavéricas.

Un tal Carrier reprodujo las mismas escenas en Nantes; centenares de hombres, mujeres y niños eran colocados en embarcaciones, y conducidos á la mitad del río. Allí se abría el fondo de la nave y todos caían para ser hundidos y ahogados en las olas. Cierto día, las víctimas encerradas en una nave vetusta, tendían sus manos y brazos por las aperturas que había; el jefe revolucionario mandó cortarlos con hachas y sables. Otro día, un niño de sólo trece años, puesto entre los que debían ser guillotinados, preguntó, si esto le haría sufrir mucho. El hacha, en vez de cortar el pescuezo de la tierna víctima, cayó en la cabeza y la destrozó.

Pero el teatro principal del terrorismo fué París: á más de las guillotinas que trabajaban en las plazas públicas, se organizó una matanza de los detenidos políticos en las cárceles públicas. Esta matanza duró seis días enteros, y fué acompañada de escenas indescriptibles. Cierta joven vió á su padre que iba á ser inmolado; pide su vida, y los verdugos, aparentando sentimientos de humanidad, se la ofrecen con la condición de que beba un vaso de sangre humana, y grite: "¡Viva la nación!" La joven aceptó, y uno de los verdugos le presenta la horrible copa: la joven, haciendo un esfuerzo supremo, bebe. Sale libre con su padre, pero tal había sido su emoción, que á los pocos meses dejó de vivir.

Otra joven noble, la princesa Lamballe, dama de honor y amiga fiel de la reina, saldrá libre, si quiere jurar odio al rey. "¡Mi corazón me lo prohibe!" contesta, y al punto le cortan la cabeza, le arrancan el corazón y se lo comen.

Aquí nos detendremos un momento. Pregunta el escéptico en religión, si puede haber infierno, y qué será del hombre, cuando se vea eternamente separado de Dios. Le preguntaremos á su vez, si no fué infierno aquella capital, cuando un pueblo, separándose de Dios y declarándose "soberano", se vió abandonado á sí mismo, y entregado sin duda al espíritu de exterminio.

Cerramos este cuadro horroroso con el fin de los principales cabecillas de la revolución. Millones de víctimas inocentes habían sido inmoladas ya, y aun no parecía satisfecha la furia revolucionaria. Robespierre pedía nuevas hecatombes, y éstas entre los que le rodeaban, en el mismo seno de la convención nacional. Los amenazados sacaron entonces valor de su desesperación y condenaron al mismo Robespierre á ser guillotinado. Cuando éste supo su condena, trató de suicidarse, despedazándose la mandíbula con un tiro de pistola. Pero, así mismo fué llevado al cadalso, y el pueblo, viendo rodar su cabeza, bailó al rededor del cadáver. Casi todos los compañeros de Robespierre tuvieron el mismo fin, murieron guillotinados y execrados.

Sin embargo, la revolución y la persecución de la Iglesia no cesaron completamente hasta que Napoleón I reconoció la necesidad de sentar otra vez el edificio social sobre la sólida base de la religión católica. Así lo hizo, celebrando con el Papa Pío VII un concordato eclesiástico, y restableciendo el culto católico en toda la nación.

Réstanos ahora preguntar: si tales son los frutos ¿cuál ha de ser el árbol de liberalismo? Conteste la revolución del siglo pasado, conteste la sangrienta "Comuna de París", contesten las revoluciones liberales de España, y las que asolaron á las repúblicas hispano-americanas.

Los frutos de aquella revolución francesa fueron: exterminio y matanza por la guillotina, guerras civiles, guerras extranjeras y ruina de la riqueza nacional. Pues la moneda metálica desapareció, y la de papel quedó sin valor en manos del pueblo burlado, por cuanto la república se declaró en bancarotta, y no pagó jamás sus deudas.

El liberalismo nunca podrá vindicarse de estas acusaciones: él fué quien provocó y dirigió la revolución, sus secuaces ordenaron aquellas horrorosas matanzas; ellos á nombre de la libertad persiguieron á la Iglesia y á todos los buenos. ¡Si tales son los frutos, queda juzgado el árbol!

CAPÍTULO SÉPTIMO.

DE LA IMPRENTA LIBRE Ó LIBERTAD DE IMPRENTA.

¿Es conveniente que la imprenta sea libre?

La respuesta á esta pregunta depende del sentido que demos á la palabra "libre"; si la entendemos en el sentido cristiano, la imprenta libre será un medio poderoso para todo bien; si la tomamos al contrario en el sentido del liberalismo, la libertad de imprenta causará males sin número.

I. LIBERTAD DE IMPRENTA CUAL LA PIDE EL LIBERALISMO.

1. *¿Qué entiende el liberalismo por libertad de imprenta?*

Por libertad de imprenta entiende el liberalismo lo que expresan los llamados "derechos del hombre", á saber: el derecho para cada uno de expresar libremente sus pensamientos por la prensa.

2. *¿Puede admitirse semejante libertad?*

De ninguna manera: esto ya no sería libertad, sino inmoralidad. No puede ciertamente haber derecho para expresar pensamientos contrarios á Dios, á la verdad y á la justicia.

3. *¿Cómo es posible que el liberalismo proclame una doctrina tan evidentemente opuesta al derecho natural?*

Esto se explica fácilmente, cuando recordamos que el liberalismo, con negar los derechos de Dios sobre el hombre, pretende en realidad que el hombre sea su propia ley.

En esto viene á parar la "moral independiente" del liberalismo.

4. *¿Cuáles son los efectos que produce esta libertad de imprenta proclamada por el liberalismo?*

Los efectos de esta falsa libertad no pueden ser más perniciosos; he aquí los principales:

1º Esta falsa libertad ataca la autoridad de Dios, y niega las verdades de la divina revelación.

2º Destruye toda moral por su pretensión de mentir y calumniar libremente.

3º Es un semillero de revoluciones contra la autoridad pública, y de enemistades entre las familias y los particulares.